

entretenernos, Vera Petrovna Vasiliewski incitaba a Sergio Ivanovich para que recitase en alemán poesías que éste traducía del ruso, del francés, del persa, o de cualquier otro idioma. También era una delicia escuchar, otras veces, aquellas canciones rusas que nos cantaba Vera. Repetía a menudo Sergio Ivanovich poesías de Goethe y alguna vez cerraba el chorro de su caudal poniendo a la famosa letra de Mignon este estribillo burlesco:

Aber nein, aber nein, ich liebe nicht so viel  
das Land wo die Kartoffeln bluehen...

De innumerables conciertos recuerdo entre los mejores los que durante la temporada se celebraban en la Sing Akademie. No sólo en Berlín, en toda Europa, desde su clamorosa aparición en París (1897), acaso ninguno tuvo entonces mayor fama que Arturo Nikisch, director durante veintisiete años (moriría en 1932) de la orquesta filarmónica berlinesa. Más que con la batuta —dice un crítico— conducía Nikisch a sus músicos «con la mirada de sus ardientes ojos» y según Tschaikowsky «poseía Nikisch la virtud mágica de hacerse invisible, desde que comenzaba a sonar su orquesta». Pero añadiré, por haberlo observado, no dejaban de buscar su presencia, donde quiere que estuviese, los prismáticos de sus numerosas y cálidas admiradoras para traerle cerca de ellas. Hablando de conciertos recuerdo también que en el curso de 1912 no podía actuar en Berlín Félix Weingartner —ignoro la razón— pero tuvimos la ocasión de disfrutar de su maestría, en nueve lunes consecutivos, acudiendo, muy cerca de la capital, a Frankfurt sobre el Oder, donde dirigió, completa, la serie sinfónica de Beethoven. Si en Munich me revelaron sus teatros lo que pueden dar de sí las representaciones escénicas ello lo confirmarían en Berlín Leopoldo Jessner, Max Reinhard o Erwin Piscator, con diversas tendencias, excelentes conjuntos y magistrales versiones de Shakespeare, Kleist, Goethe, Tolstoi, Ibsen, etc.

Gracias a Helmuth Ruhemann y a Martin Bloch tuve acceso a círculos de la sociedad israelita. Ellos me llevaron a reuniones de Paul Cassirer y allí escuché conversaciones de G. Hauptmann, F. Wedekind, M. Harden, T. Wolff..., de pintores, actores y actrices que ya había admirado en la escena, y entre las que más me atrajeron citaré una sola, Sybille Binder. Pero si casi todo aquello fue ocasional y, por lo tanto, episódico, un hogar de amigos invariables sería mi refugio en innumerables veladas. Desde las primeras semanas, y a lo largo de temporadas sucesivas, presentado por una carta de Elsa Pausleck, primero en Schlachtensee y luego en Zehlendorf-West, visitaría cada semana a Hilde y a Eric Neuhaus, modelo conyugal de la fidelidad germánica que perdura al cabo de más de medio siglo, en el que tantas gentes y tantas ilusiones perecieron.

Al rayar el año 1912 tuve la suerte de ser presentado a una eminencia de la filosofía del derecho. Un amigo español (Manuel M. Pedroso) instalado en Berlín y esposo de una bonísima joven alemana, cuya casa frecuentábamos varios pensionados, había cursado en Halle unos cuantos semestres con Rodolfo Stammler, de quien conservaba gran recuerdo y recibía cartas. Nos anunció Pedroso que Stammler vendría a lo largo de algunas semanas para dar lecciones en Berlín, no recuerdo en qué centro, y ofreció acercarnos a su maestro. Nuestras reuniones, cuatro o cinco, en una tertulia en torno a Stammler me parece estar viéndolas, en una de las salas del *Rheingold*, inmensa cervecería muy concurrida, situada en la Postdammerplatz. Al atardecer, después de la lección,

le traíamos con nosotros para escucharle. No era menester provocar diálogo: diríase que Stammler ante un *Mass* y rodeado de contertulios administraba sin tasa el santo sacramento de la palabra: preguntaba, contestaba y desarrollaba el tema planteado —por muy inesperado que fuese— con la misma lucidez que cualquiera de sus problemas predilectos. Estaría, se me figura, al borde de los sesenta. Era de tipo fornido y su rostro, de facciones muy acusadas, impresionaba por su vivacidad; su palabra delataba inmensa cultura y los rasgos de humor jovial, agridulce y socarrón, tanto como las graves disquisiciones, y su clarividencia, nos parecían dones insuperables. Compartía Stammler rasgos peculiares de seres raros, predilectos de Regino, puesto que, a juicio de sus contertulios, después de publicar libros memorables, le quedaban inéditas revelaciones copiosas y virginales, y las refería como muy pocos saben hacerlo; era, en suma, capaz de fecundar cosechas de hallazgos en la mente y en el corazón de sus oyentes; uno de esos maestros que encontramos, a veces, los españoles en torno de la mesa del café, una de las fuentes de nuestras promesas científicas, rarísimamente realizadas.

Y sin tiempo para ampliar la narración de mis recuerdos de Alemania concluyo insistiendo en mi tema, tema desarrollado en un librito que acaso termine.

Debo más que a los libros a mi generosa fortuna; ella me puso cerca de hombres inolvidables que no dejaron obra impresa en letras de molde y están hoy, por haber sido ágrafos, olvidados. Una de vuestras luminarias que lo es del mundo, aquel a quien nuestro Ortega, con olímpico desdén, llamó alguna vez *mandarín de Weimar*, decía algo parecido a esto: «¿Qué sería de mí si no hubiera estado rodeado de gentes inteligentes, y ellas no me enseñaran?» Nada se aprende en los libros cuando no descubren el vivo caudal de las ideas, que no dejará huella escrita. Los griegos —y no es mal ejemplo— charlaron, dialogaron, mucho más que escribieron. Los hombres, ayer y hoy, además de hacer cosas estériles, o aniquiladoras, escriben mal porque escriben demasiado. No nos queda tiempo —por lo visto— para entablar (o trabar) diálogos. Sin conversaciones trabadas con amor por quienes se creen enemigos y no son más que extraños, sordos y zazos, no puede haber paz, ni fraternidad humana.

**Ramón Carande**

*Conferencia en Colonia, homenaje a Richard Konetzke, 1968. Inédita. De donde provienen dos trabajos suyos: «Una tertulia al pie de la Selva Negra», en Homenaje a Xavier Zubiri, Madrid, 1970, y «Maestros de Economía en Berlín y en Munich (1911-1913)», en Homenaje al profesor Carriazo, Sevilla, 1972.*



Ramón Carande y Albert Neuhaus. Berlín, 1911